

Complutum

ISSN: 1131-6993

<http://dx.doi.org/10.5209/CMPL.64515> EDICIONES
COMPLUTENSE

Emilio Gamo Pazos, *La romanización de Celtíberos y Carpetanos en la meseta oriental* (Zona Arqueológica, n.º 22), Ediciones del Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, Alcalá de Henares, 2018. ISBN: 978-84-451-3628-3; 374 páginas.



Cuando llegó a mis manos el libro del que ahora escribo, no pude dejar de evocar el salto cualitativo y cuantitativo que ha dado la investigación arqueológica en la provincia de Guadalajara en las últimas cuatro décadas y, de forma exponencial, en los últimos veinte años. La sola cubierta del volumen, con la vista aérea del enclave de La Coronilla, proporciona una imagen de actividad arqueológica que no existía antes de 1973, cuando Dimas Fernández-Galiano impulsó los primeros trabajos arqueológicos regulares en la provincia. Tan importante como ese avance en el ritmo de las excavaciones y los estudios ha sido el sucesivo planteamiento de preguntas históricas que, ahora con más datos, pueden llegar a formularse. Baste recordar el coloquio de *Paleoetnología* publicado en 1992 en las páginas de esta misma revista, en donde se trató de etnias y de límites entre Celtiberia y Carpetania (González-Conde 1992) con el reducido abanico de recursos informativos entonces disponible. Por el contrario, hoy se pueden analizar las mismas fuentes literarias que entonces pero se puede

comparar una cultura material y un caudal de datos arqueológicos muy superior.

En este sentido, el libro que comentamos es la prueba inequívoca de la mayoría de edad de la historia antigua y la arqueología de Guadalajara, que han sabido desarrollarse en el entorno del propio Museo provincial y de la mano de las cercanas universidades madrileñas, tomando impulso con Memorias de Licenciatura y Tesis Doctorales que han ido formando un *corpus* documental que permite tratar ahora de forma autorizada del pasado de estas tierras. En esa labor, Emilio Gamo Pazos ha sido uno de los protagonistas y no es casual que sea él quien ahora nos brinda este libro, que debería llevar por subtítulo “La provincia de Guadalajara entre los siglos III a.C. y I d.C.” como definen el contenido en sus respectivos prólogos tanto M. L. Cerdeño como R. Sanz Serrano, directoras de la Tesis Doctoral de la que resulta este volumen. Al mismo lugar llega el autor cuando anuncia, en el primer párrafo de la obra, que su objetivo es “el estudio de los primeros siglos de la presencia romana en los cursos altos del Tajo, Henares, Jarama y Tajuña”, es decir, la provincia de Guadalajara.

La identificación de este espacio por su denominación administrativa actual o por su caracterización étnica antigua, en todo caso, es un asunto banal que no debe hacernos olvidar que nos encontramos ante un espacio geográficamente central de la península Ibérica (cf. los mapas de pp. 34 y 301) que, mayoritariamente, es parte de la Celtiberia aunque su extremo occidental —que gravita en torno a *Complutum* en época romana— se encuentre en tierra de carpetanos. El verdadero problema es el del establecimiento de unos límites aproximados entre ambas identidades étnicas de cara a su reflejo en nuestra cartografía, pues tales límites en sentido estricto nunca existieron y las zonas

de contacto entre Celtíberos y Carpetanos debieron ser áreas permeables desde el punto de vista cultural cuya nitidez se iría degradando por los cambios de residencia y movimientos demográficos de corta y media distancia de sus habitantes. Un ejemplo de ello puede ser la imposibilidad de fijar los límites orientales exactos del territorio vetón a partir de la presencia de esculturas de verracos pues, como bien dice Gamó (p. 33) llegan hasta las cercanías de Toledo, algo que se explica con la simple presencia en esa zona de un grupo o de un individuo procedente de tierras más occidentales. La propuesta de límites entre Celtiberia y Carpetania se apoya en la distribución de los tipos cerámicos que se consideran “fósiles guía” en tierras carpetanas: las cerámicas “jaspeadas” y las estampilladas (Fig. 4a-b). Si se superpone la zona de distribución de ambos tipos cerámicos, se llega como conclusión lógica al mapa de la p. 34 (Fig. 2) pero no hay que olvidar que, al oponer la distribución de tipos cerámicos prerromanos propios de la Carpetania (p. 37, Fig. 4a-b) con la presencia en la epigrafía latina de la Celtiberia de *cognationes* u organizaciones citadas con genitivos de plural (p. 37, Fig. 4d), estamos contraponiendo dos realidades culturales que no son contemporáneas. Aun admitiendo que esas *cognationes* se manifesten en época romana en áreas similares a las que ocuparon en época prerromana, algo que no siempre ocurre, su empleo como criterio para deslindar etnias sólo puede ser orientativo. Por ello, hay que aplaudir que el autor haga una exposición detallada de todas las evidencias que caracterizan a carpetanos y celtíberos en estas “zonas de frontera” (pp. 33-45), que ofrezca el estado de la cuestión y que no trate de forzar un establecimiento de límites que fue variable a lo largo del tiempo (p. 45).

Tras la interesante y necesaria discusión de los límites, la segunda parte del capítulo 2 se ocupa de la influencia cartaginesa y del impacto de la Segunda Guerra Púnica en estos territorios del centro de Hispania (pp. 45-69). Este es uno de los aspectos más novedosos de la obra, pues rara vez se ha abordado con anterioridad pese al cúmulo de evidencias que presenta el autor. En este sentido, cabe reseñar el elenco de fragmentos de cerámica griega encontrados en la provincia de Guadalajara que hay que vincular a las rutas del comercio púnico (p. 46-48), las importaciones de cerámica de barniz rojo o las cuentas de pasta vítrea (p. 49). Esa caracterización material va unida a un

detallado análisis de las fuentes relacionadas con la presencia bárquida en Iberia, sostenido en un completo análisis de la bibliografía precedente (pp. 50-57) y refrendado para el territorio en estudio por las evidencias de importaciones de cerámica de barniz negro y las ocultaciones monetales de Driebes y Armuña (pp. 57-68).

En el capítulo 3 entran en escena las tropas romanas con sus primera presencia en el territorio de la actual provincia de Guadalajara, inmediatamente después de la Segunda Guerra Púnica. Tras el necesario repaso a las fuentes escritas para el siglo II a.C. (pp. 73-106), el autor analiza el contacto con Roma desde una doble perspectiva: la posible existencia de campamentos romanos y la destrucción de poblados celtibéricos. Sobre la primera cuestión planea siempre el espinoso caso del supuesto campamento de La Cerca en Aguilar de Anguita (pp. 107-110), cuya identidad como tal es más una rémora de la historiografía que una consecuencia del estudio científico. En este asunto tengo que discrepar con el autor, que apoya la interpretación del lugar como “un campamento romano de planta irregular” (p. 108), pues tanto las excavaciones de los años 2009-2010 como la propia topografía y los hallazgos materiales abogan por la presencia en este lugar de un *oppidum* celtibérico, por más que la existencia de un campamento tuviera sentido en ese lugar y en ese contexto temporal. Hoy por hoy, no hay argumentos que avalen esa hipótesis.

Y tras la discusión del posible uso campamental del *oppidum* de La Cerca se encuentra una de las secciones más interesantes de la obra, la dedicada a “La destrucción de hábitats celtibéricos” en el contexto de la conquista romana del interior de Hispania (pp. 110-116). Esta breve sección presenta de forma resumida un cúmulo de datos, que son de conocimiento común para quienes conocen bien la arqueología de Guadalajara pero que no forman parte aún del caudal informativo empleado por toda la comunidad científica. Aquí se avanza ya datos sobre el *oppidum* de Los Rodiles (Cubillejo de la Sierra), analizado con detalle unas páginas más adelante, que fue fundado *ex novo* a finales del siglo III a.C. y abandonado antes de la segunda mitad del siglo I a.C. De gran interés son las informaciones que se ofrecen sobre el castro de El Palomar, en Aragoncillo, que parece mostrar una destrucción atribuida al ejército romano a mediados del siglo II a.C.

(p. 114) y vinculada a “la II Guerra Celtibérica (153-151 a.C.) o la guerra de *Numantia* (143-133 a.C.)” (p. 115).

Un espacio importante de la obra está reservado al capítulo 4 (pp. 117-165), dedicado al “auge del ‘sistema de los *oppida*’ desde finales del siglo III a.C., como consecuencia de “la presión ejercida por púnicos y romanos” (p. 119). Tras una recapitulación teórica sobre el concepto de “sistema de los *oppida*”, Emilio Gamó presenta un elenco de los principales *oppida* del área celtibérica, todos ellos conocidos en la bibliografía pero no por eso siempre tenidos en cuenta. Es el caso de los castros de Bujalaro, El Losar I, Riosalido, Valderrebollo, Alcocer, Luzaga o Maranchón, que han sido objeto de estudios individuales en diferentes ocasiones pero que ahora se presentan agrupados. Un mérito reiterado de este libro de Emilio Gamó radica en que los datos que con frecuencia se interpretaban por separado se convierten aquí en piezas de un puzzle y con ello cobran sentido. En términos generales, los datos presentados por el autor avalan la existencia de un modelo de concentración demográfica en grandes *oppida*, sin que ello signifique la desaparición absoluta de los pequeños emplazamientos, y una progresiva etapa de amortización que en diferentes lugares de este capítulo se achaca al conflicto sertoriano. Hay que destacar que nada de lo presentado contradice la aparición “entre el siglo II a.C. y las primeras décadas del I a.C.” de “asentamientos fortificados de pequeñas dimensiones con murallas ciclópeas” vinculados a la explotación de los recursos y, con frecuencia, a la sal (p. 143), una actividad que aparece citada en diferentes momentos del discurso del autor (especialmente pp. 193-198). No hay que olvidar que la obtención de sal por evaporación, bien documentada en diversos ríos del alto Henares, es una actividad indisociable de la ganadería. Tras la descripción y análisis de los *oppida* del área celtibérica, el libro aborda los *oppida* del área carpetana y se ocupa de los de Alcolea del Torote, Taracena, Alarilla, Torre del Burgo, etc., todos ellos conocidos en la bibliografía precedente, y de Driebes, en el que las prospecciones y excavaciones del propio autor en los últimos años han dado unos resultados espectaculares. El conocimiento de la trama urbana en las prospecciones de georradar y los resultados de las primeras campañas de excavación avalan la presencia aquí de una ciudad romana, pero hay que eludir el

uso del término “municipio romano” (p. 155) que responde a una definición jurídica y tiene otras connotaciones, y es pronto para suponer “una promoción jurídica posiblemente en época flavia” (p. 157) de la que no hay evidencias. Hay que aplaudir la inclusión en esta relación de *oppida* de El Castejón de Armuña de Tajuña (pp. 158-159) –cada vez mejor conocido gracias a la publicación de las monedas de un tesoro monetario y al anuncio de que existen otros materiales aún inéditos (Ripollès *et alii*, 2009)– y la referencia a otros enclaves con menos relevancia bibliográfica hasta la fecha como los de Almoguera, Membrillera o Anguix, logrando así colocar en un mismo ámbito temático una serie de enclaves que no habían sido comparados hasta la fecha.

El más largo de los capítulos del libro está dedicado a “Los cambios socioeconómicos”, en el que se recogen los “datos arqueológicos, textuales y epigráficos” (pp. 167-262). Muchos de las informaciones que se exponen en esas páginas habían sido citadas en alguna de las precedentes, pero ahora se sistematiza toda esa información y se ofrece una segunda forma de leer el libro a partir de la cultura material. Esta parte incluye una cómoda presentación para el lector de las evidencias de las prácticas agrícolas, ganaderas, mineras, artesanales, etc. del territorio estudiado (pp. 169-198) y en el análisis del tejido viario, la circulación de productos de prestigio y las evidencias monetarias (pp. 198-220); en esta ámbito se trata de la hipotética ubicación de cecas preimperiales en la región (pp. 207-212), asunto en el que el escollo sigue radicando en la vinculación entre *Lutia* y Luzaga (pp. 208-209). Si en este caso los argumentos filológicos parecen sostener la relación entre el nombre de la ceca y la voz *lutiakei* del Bronce de Luzaga, más inconsistente se muestra el repetido intento de ubicar en tierras de Guadalajara la ceca de *kaiseza*, hipótesis que también Emilio Gamó rechaza (p. 211). Por el contrario, no veo argumentos para defender la ubicación de la ceca de *ekualakos* en el Llano de la Horca en Santorcaz (p. 212).

En dos libros anteriores de los años 2012 y 2014 el autor publicó los catálogos de las inscripciones latinas de época romana y de los textos en signarios paleohispánicos respectivamente. Ahora vuelve a ocuparse del nacimiento de la cultura epigráfica en la región (pp. 220-229), poniendo de manifiesto la existencia de posibles grafitos cerámicos de los siglos VI-V

a.C. en área celtibérica y de un grafito púnico del siglo IV a.C. en el área occidental (carpetana) de la provincia, aunque la extensión del hábito epigráfico no llega hasta el siglo II a.C. (p. 221). Esto es comprensible y avala la idea tradicional de que la plena extensión de ese hábito en el centro de Hispania se produciría tras el contacto con Roma, al igual que ocurre en otras zonas del levante peninsular. El lector interesado en el tema encontrará aquí una muy útil tabla (pp. 225-230) con el catálogo de los grafitos paleohispánicos de la provincia de Guadalajara. Una parte sustancial de ese capítulo 5 está dedicada a “la esfera de las creencias”, en donde se recogen y comentan los testimonios de divinidades indígenas (pp. 230-236) antes de abordar –por este orden– los espacios funerarios (pp. 236-253) y los espacios de culto (pp. 253-262). Dada la naturaleza de estos dos últimos apartados, que tienen más de descripción material que de reflexión teórica, quizá deberían haber constituido un capítulo en sí mismos.

Si en el capítulo 3 se había explicado el impacto de la presencia romana en la región hasta comienzos del siglo I a.C., el capítulo 6 continúa ese relato con los acontecimientos que tuvieron lugar entre la época de Sertorio y la de Augusto. No podía faltar aquí un amplio y bien cimentado análisis de la ciudad de *Caraca*, de las fuentes que aluden a ella y de la realidad arqueológica descubierta en las recientes excavaciones (pp. 269-285). Pero ninguna de las evidencias existentes autoriza por el momento a entender que estamos ante “un núcleo promocionado jurídicamente” (p. 276). Al hilo de las campañas sertorianas en las que se menciona *Caraca*, Emilio Gamo recapitula toda la información disponible sobre los numerosos *glandes* de plomo que conocemos en la región a nombre de Sertorio, la mayor parte procedentes de la Muela de Alarilla (pp. 276-282).

El último capítulo de la obra está destinado a dibujar el paisaje de la provincia de Guadalajara en las primeras décadas del Principado

romano (pp. 301-327). Este apartado se apoya en una discusión inicial sobre cómo afecta la organización administrativa romana a la región, con la identificación de los conventos jurídicos en cuya órbita entra cada zona, para reunir después los datos que existen a día de hoy sobre los diferentes enclaves urbanos y sobre las mansiones itinerarias, tratando así de reconstruir la geografía del territorio tras la desaparición de la mayor parte de los enclaves indígenas. En este último apartado, que por razones obvias no es ni el más largo del libro ni se apoya ya en tantos elementos materiales como los precedentes, hay que destacar la rigurosa discusión que se hace de cuestiones como la controvertida identidad de la ciudad y de la *mansio* de *Segontia* con Sigüenza, o sobre la extensión del *territorium* de *Complutum*, temas capitales para entender la geografía de la región. Cierran el libro unas breves pero jugosas conclusiones y una extensísima bibliografía (pp. 331-374) cuya exhaustividad justifica por sí sola su publicación. A este respecto, sólo objetaría que la reducida relación de las abreviaturas bibliográficas se encuentra en la página 20, al comienzo del libro, cuando la bibliografía se encuentra al final de la obra. La costumbre en los trabajos académicos (y también en esta misma colección, *cf.* n.º 18) es que ambas relaciones vayan unidas.

En resumidas cuentas, este nuevo libro de Emilio Gamo analiza con gran rigor las noticias de las fuentes y las evidencias materiales de varios siglos de historia de la provincia de Guadalajara en la antigüedad y, con ello, demuestra que el avance de la investigación en las últimas décadas no sólo ha sido cuantitativo sino cualitativo, de manera que hoy, con una sólida formación académica previa, su autor ha podido convertir esos miles de datos en un relato convincente en el que, por fin, podemos leer y entender la historia antigua de la región.

Juan Manuel Abascal Palazón
Universidad de Alicante